





Los naturales de aquellas añoradas regiones que aun llevan el nombre de Américas españolas, viven hoy al amparo de su independencia y á la sombra de sus leyes. Son hijos de nuestros padres. Hablan nuestra lengua, comparten con nosotros el origen y la historia, tienen nuestras virtudes, nuestros defectos, las mismas pasiones, las mismas altezas de espíritu, quizá también los mismos arrebatos. Son nuestros hermanos ¡Benditos sean!

Permitidme, pues, señores, que de lo alto de vuestra cátedra les envíe un saludo de paz, de fraternidad y de amor.

¡Dios les bendiga y bendiga también aquellas tierras de luz, de esperanza, de porvenir y de libertad!

Cuando dentro de pocos meses, hijos nacidos en aquellas tierras benditas vengan en su nombre y representación á honrar nuestros hogares y á sentarse en nuestra mesa, para juntos celebrar el cuarto centenario del inmortal navegante, y crucemos nuestra palabra en la misma lengua, y hablemos de las glorias que nos son comunes, y partamos el mismo pan, y comulguemos en la misma copa, acaso las sombras de Cristóbal Colón y de todos los héroes españoles descubridores de América vengan á vagar por los espacios, en torno de la mesa del festín, para bautizar con lágrimas de gratitud á los que se reunen y congregan con el solo objeto de bendecir su nombre y conmemorar su gloria.

MAGALLANES Y ELCANO

ATENEO DE MADRID



MAGALLANES Y ELCANO

CONFERENCIA

DE

D. PEDRO NOVO Y COLSON

leída el día 17 de Marzo de 1892



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892

I.

SEÑORES:

«El viaje hecho por los españoles en el espacio de tres años alrededor del mundo (dice el célebre Ramusio, coetáneo de Magallanes) es una de las cosas más grandes y maravillosas que se han ejecutado en nuestro tiempo, y aun de las empresas que sabemos de los antiguos, porque ésta excede en gran manera á todas las que hasta ahora conocemos..... Es este viaje de los mayores y más admirables de que jamás se haya tenido noticia, y de cuyo éxito y acontecimientos, si oyeran ahora razonar aquellos grandes filósofos de la antigüedad, se quedarían pasmados y como fuera de sí.»

Cerca de cuatro siglos después que el célebre veneciano escribiera estas palabras, y cuando un viaje de circunvalación es empresa sencillísima, sigue pasmando de asombro á las gentes la inverosímil victoria de Magallanes y Elcano.

Para los antiguos era incomprensible su vencimiento de los escollos y tempestades; para nosotros lo es aún más al medir la imperfección de aquellos instrumentos náuticos y la pequeñez y construcción defectuosa de aquellas carabelas, que debieron sostenerse sobre las olas merced á la sobrenatural energía y destreza de sus tripulantes.

No creo oportuno hacer comparaciones de mérito y de grandeza entre Colón y Magallanes; pero preciso es confesar que la temeraria derrota á través del Atlántico hasta la isla del Salva-

dor no encierra mayor pujanza de ánimo, de inteligencia y de fe, que el primer viaje hecho á través de los Océanos vírgenes, mostrando la bandera de Castilla á todos los meridianos del mundo.

II.

Hernando de Magallanes nació en Oporto, y fué hijo de noble familia: era fuerte y pequeño de cuerpo; muy joven aún, en 1505, pasó á la India con el virrey D. Francisco de Almeida, donde asistió á las tomas de Mambaza y Quiloa, acreditándose de prudente, valeroso y ya muy experto marino. Herrera cuenta de él, que en ocasión de haber naufragado sobre unos escollos dos buques que volvían de la India á Portugal, determinaron los tripulantes, desde su refugio en una isleta cercana, enviar un pequeño bajel á cierto puerto de la India para reclamar socorro; y como ninguno quisiese quedarse esperando, siendo los capitanes y principales personas los que deseaban partir, Magallanes dijo: «Vayan los capitanes é hidalgos, que yo me quedaré con los marineros, con tanto que nos juréis y deis la palabra que luego en llegando enviaréis por nosotros.» Esta resolución de Magallanes inspiró tal confianza á todos, que dejaron marchar á sus jefes; pero un marinero, que vió á Magallanes en el pequeño bajel despidiéndose de sus amigos, temeroso de que partiese, le gritó con angustia: «¡Ah, señor! ¿No nos prometisteis quedar con nosotros?» Y aquél le contestó, saltando en tierra: «Lo prometí y lo cumplo; veisme aquí.»

En la conquista de Malaca salvó la vida del general Diego López de Sequeira y las tripulaciones de sus buques, que iban á ser asesinadas traidoramente por los malayos. En 1510, D. Alfonso de Alburquerque le envió de capitán de una de las tres naves que en diferentes direcciones salieron de Malaca en demanda de las Molucas. Magallanes descubrió unas islas seiscientas leguas distantes, y efectuó otras largas navegaciones. Dos años después hallábase de regreso en Lisboa, donde fué mozo fidalgo de la casa Real, con un *alquer* diario de cebada, mil reis

mensuales, y á poco le ascendieron de mozo fidalgo á fidalgo escudero, con 1.850 reis al mes; pero como estas mercedes eran muy pequeñas con relación á su alcurnia y á sus méritos, principalmente los contraídos en Azamor (puerto de África), donde hirieron á Magallanes de un lanzazo, solicitó del Rey el aumento de su moradía, aunque esto le reportaba más honra que provecho. Negóse el Rey á tan justa solicitud, prevenido sin duda contra Magallanes por ardides de los envidiosos. Acusábasele de haber hecho una distribución injusta en Azamor del botín aprehendido á los moros, y se le ordenó salir inmediatamente para aquel punto, donde le reclamaba la justicia. Y aunque obtuvo sentencia favorable, no consiguió, de regreso á Portugal, despejar el enojo con que el Rey le miraba.

Entonces Magallanes, herido en su orgullo, determinó desnaturalizarse del reino en que había nacido, con actos públicos y solemnes demostraciones, y seguidamente pasar á Castilla para ofrecer sus servicios al emperador Carlos V, y prometerle descubrir una nueva derrota hasta las islas Molucas.

III.

Conviene advertir que Magallanes creía que las Molucas no se hallaban dentro de la demarcación de Portugal, según la bula de partición del Océano dada por Alejandro VI. Por entonces también considerábase agraviado con su Rey el astrónomo Ruiz Falero, compatriota de Magallanes, y ambos se concertaron para hacer juntos el viaje al servicio de España y en demanda del estrecho presentido. En Octubre de 1517 abandonó éste á Portugal, y llegó á Sevilla, donde fué fraternalmente recibido por el caballero Diego Barbosa, con cuya hija D.ª Beatriz se casó en el mismo año: agradecido también á la franca acogida del factor de la Casa de la Contratación, Juan de Aranda, le comunicó Magallanes su proyecto, del que aquél se prendó tanto, que sin noticia de su confidente escribió al gran Canciller recomendándolo con interés vivísimo, como hombre capaz de llevar á feliz término cualquier empresa grande.

Poco después llegó á Sevilla Ruiz Falero; y cuando habían emprendido ya su viaje á la corte, recibía Juan de Aranda la contestación del Rey, ordenándole que fuese á verle con Magallanes, al que deseaba conocer y recompensar. Entonces el factor partió en seguimiento de aquéllos, y, reunidos los tres, llegaron á Valladolid. Agradecidos á los buenos oficios del factor, y, aunque antes lo habían desaprobado por indiscreto, como al fin veían sus buenos frutos, ofreciéronle una octava parte del bien que Dios les hiciera, si se conseguía que el Emperador costeara los bajeles expedicionarios. El factor deseaba el quinto, lo que pareció exagerado, y en su vista renunció á todo, obligándose á continuar favoreciéndolos por amor á su patria. Esto no obstante, al fin aceptó la octava ofrecida.

En Valladolid fueron presentados Magallanes y Rui Falero por el dicho Juan de Aranda, al gran Canciller, al Cardenal y al Obispo de Burgos. Ante estos personajes desarrolló Magallanes su proyecto, persuadiéndolos de que las islas Molucas caían en la demarcación de Castilla, y de que si el Emperador enviara sus bajeles por los mares occidentales, podía traerse á España cargamento de especiería á menos costa que la que desde Malaca y Calicut conducían los portugueses. En todas sus demostraciones ocultaba el gran marino la situación en que imaginaba el estrecho por temor de que alguien se le adelantara. En un principio pareció á sus oyentes impracticable la empresa, porque creíase que el continente americano se extendía de polo á polo sin que lo interrumpiera estrecho ó paso alguno, y en tal creencia, tanto el Rey como sus ministros, mantuvieron entretenidos á Magallanes y Falero y sin resolverse en sentido favorable. Entonces el rico comerciante Cristóbal de Haro, que también había abandonado los servicios del Rey de Portugal por una injusticia contra él cometida, se ofreció á construir las naves que para aquel descubrimiento fueran necesarias, al par que Magallanes se ofrecía á dirigir la expedición personalmente. Esta gran fe y generosidad hizo mella en el Emperador: parecióle poco decoroso admitir las ofertas de aquellos hombres, cuando sólo en honra y provecho suyo había de convertirse lo que ellos consiguieran. Su altivez se reveló ante la idea de quedar empequeñecido, y ya sin vacilaciones impuso su voluntad

de que se realizara la expedición y de que á sus expensas se construyeran cinco bajeles y se hiciese todo el armamento. El 22 de Marzo de 1518 fué solemnemente concluída la capitulación ó contrato entre el Emperador y Magallanes y Falero, á quienes se les daba título de capitanes, sueldo de 50.000 maravedís á cada uno y 96.000 de sobresueldo, mientras durase aquella campaña, y además otorgábaseles la veinteava parte de la renta y del provecho que se lograra por todas las tierras é islas que descubrieran, gozando del título de adelantados ó gobernadores ellos ó sus herederos. También se les concedía el quinto del valor de cuanto trajesen los buques al regreso de la expedición.

Magallanes puso también á salvo lo que á su patria debía, como leal y caballero, por medio de una cláusula, en que expresaba que no descubriría ni haría cosa alguna en la demarcación del Rey de Portugal, ni en perjuicio suyo.

IV.

Apenas fué conocido en Portugal este contrato, comenzóse á hacer una implacable guerra á Magallanes, cuyo mérito, sin duda, venía á comprender tardíamente; así es que el embajador Álvarez La Costa, después de procurar en vano disuadir al ilustre marino de la empresa proyectada bajo pretexto de que ofendía á Dios y á su Rey, quejóse enérgicamente á los ministros, en cuyas reconvenciones le secundó Xebres ante el mismo Monarca. Éste, ya casi persuadido, hizo árbitro del asunto al Cardenal, quien dió esperanzas de atender las reclamaciones del Rey lusitano; pero el Obispo de Burgos y otros dos miembros del Consejo de Indias conjuraron la tormenta con razones tales, que el Emperador pudo colegir la mengua que había de resultarle del rompimiento de un tratado solemne.

Ante la insistencia de Carlos V, el Embajador propuso á su Monarca que á toda costa procurase ganar á Magallanes, sin hacer caso del bachiller Falero que estaba *casi loco*. En Portu-

gal crecían la inquietud y el temor á tal extremo, que algunos aconsejaban al Rey llenase de favores á Magallanes, mientras otros opinaban que se le matara sigilosamente. Supiéronse en Valladolid aquellas tramas, que sirvieron de acicate á los castellanos para activar el apresto de la expedición, y el ilustre marino y su compañero se encaminaron á Sevilla, después de ser condecorados por el Emperador con la Orden de Santiago y confirmados en sus títulos de capitanes.

En Sevilla los recibieron con malquerencia los empleados de la Casa de la Contratación, y elevaron al Monarca un pliego de reparos y reflexiones inacabables; pero éste declaró que tenía firmemente decidido el concertado viaje, y mandábales á la vez que se invirtieran las cantidades necesarias para el apresto de la armada á *vista, contentamiento y parecer de los mismos Magallanes y Falero.*

Á pesar de esto no cesaban las asechanzas ocultas, las intrigas y resistencias de la Casa de la Contratación, así como por su parte los emisarios del Monarca portugués continuaban haciendo á Magallanes magníficos ofrecimientos, aunque en vano.

Abandonamos, por lo prolijo que sería mencionar todos los incidentes que precedieron á la completa habilitación de los bajeles, cuya quinta parte fué costeada, al fin, por Cristóbal de Haro para suplir lo que resistíanse tenazmente á facilitar los enemigos del futuro descubridor.

V.

Una vez terminados los buques, nombró el Rey capitanes de los dos que eligieron á Magallanes y Falero; tesorero de la Armada á Luis de Mendoza y veedor general á Juan de Cartagena. También fué nombrado capitán de la cuarta nao Gaspar de Quesada, y contador Antonio de Coca; Juan Sebastián de Elcano iba de maestre en la nao *Concepción.* Embarcaron en total 239 hombres; por fin, el Emperador envió al marino insigne instrucciones amplísimas para su gobierno en el viaje, que eran un modelo de previsión y buen juicio.

Pero á medida que se acercaba el momento de darse á la vela acrecían los ardides que para dilatarlo empleaba Portugal, y como nada consiguiera, promovió la discordia y desconfianza entre los capitanes de la expedición, hasta lograr que Magallanes y Falero pleiteasen sobre quién había de conducir el Estandarte Real y el farol; Carlos V resolvió de plano entonces que Falero se quedase en España hasta un segundo viaje, por lo que sustituyó á aquel astrónomo, como conjunta persona del general, el veedor Juan de Cartagena.

Terminados todos los preparativos para la salida de la Armada, fué entregado solemnemente á Magallanes, por orden del Emperador, el Estandarte Real en la iglesia de Santa María de la Victoria de Triana, y allí mismo le hicieron juramento de pleito homenaje y obediencia los capitanes y oficiales de los bajeles. El 10 de Agosto de 1519 levó anclas la expedición en el Guadalquivir, y se dió á la vela saludando con toda su artillería. En Sanlúcar hubieron de detenerse por algún tiempo para proveer aún á la escuadra de ciertos artículos.

Por fin, el 20 de Septiembre zarparon, perdiéndose de vista en el horizonte aquellas cinco naves llamadas la *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Victoria* y *Santiago;* aquellas cinco naves que desplazaban la mayor 120 toneladas y la menor 80, pequeñez inverosímil para nuestros ojos, acostumbrados á contemplar las moles flotantes de 10.000 toneladas; aquellas cinco naves sin cubiertas, con lastres fijos de mampostería, con cartas de marear casi imaginarias, con astrolabios y cuadrantes de madera que iban á realizar un viaje portentoso, azotadas por las olas sus amuras y enrojecidos con sangre sus alcázares; no cejarían ante los rayos y ciclones, ni torcerían sus rumbos las trágicas luchas de á bordo, las muertes violentas, los gritos de sublevación ni la pérdida de su Almirante: iban preñadas de pasiones que estallaron y destruyeron, pero también de fuerza varonil y de amor patrio. Este amor mantuvo siempre la derrota prefijada, y dejándose atrás á la nave perdida, al hombre muerto y al cautivo de los salvajes, nunca faltó una proa que surcara los Océanos desconocidos. De aquellos cinco bajeles que partieron de Sevilla, sólo uno regresó, y de sus 239 tripulantes nada más que 18. ¡Victoriosos restos que vieron aparecer maravillados los espa-

ñoles y absorto el mundo! El Estandarte Real confiado á Magallanes fué devuelto por Elcano: ¡Aquel lienzo venerable era el único y el primero que había dado la vuelta al orbe!

VI.

Relatemos ahora lo más concretamente posible este excepcional cuanto dramático y gloriosísimo viaje.

Partió la escuadra, como dije, con rumbo al SE., llegando sin novedad á las Canarias en seis días. El 2 de Octubre zarparon de nuevo, y ya en latitud de 27° determinó Magallanes dirigirse al S. cuarta al SO., lo que motivó un altercado entre él y Juan de Cartagena, que pretendía extremar su derecho concedido por el Emperador de proveer juntamente con el Almirante en todas las determinaciones. Magallanes enojado le replicó que creía un desacierto del Soberano haberle otorgado los derechos que invocaba, y que tanto él como cuantos oficiales montaban los buques, sólo deberían curarse de seguirles durante el día por la bandera y de noche por el farol.

Quedó la cosa así, y en el espacio de dos semanas navegaron combatidos por fuertes tormentas y aguaceros hasta la costa de Guinea, donde una noche Juan de Cartagena desde su buque, que se hallaba muy inmediato al de Magallanes, saludó á éste diciéndole: «Dios os salve señor capitán y maestre é buena compañía.» Magallanes creyó ver en ello un desacato y reprendió á Cartagena, quien ofendido, mantuvo algunos días después un altercado con su general á bordo de la capitana. Por fin, perdió la paciencia Magallanes y lo mandó prender. Cartagena entonces reclamó el auxilio de los otros oficiales, pero en vano, y así extremó el enojo de su jefe que lo hizo meter en un cepo: y lo dejó al cuidado de Luis de Mendoza (nombrando capitán de la nao *San Antonio* á Antonio de Coca, primero, y más tarde á su sobrino Alvaro de la Mezquita).

El 8 de Diciembre avistaron la costa del Brasil por los 20° de latitud S., y el 13 fondeó en Río Janeiro, donde hizo acopio de

víveres. El 27 zarpó siguiendo á longo de costa con rumbo al OSO. El 10 de Enero avistaron el Cabo de Santa María y continuaron reconociendo y navegando el río de la Plata hasta persuadirse por su agua dulce de que allí no existía paso alguno. El 7 de Febrero volvió á salir al Océano, y con rumbo S. costeó muchas veces á una legua de tierra, hasta el día 24, que hallándose en latitud S. 43° descubrió una extensa bahía que nombró de San Matías (hoy Bahía Nueva). En todo este trayecto y hasta el día 28, soportaron los buques muy recios temporales, que los dispersaron varias veces, tardando tres y cuatro días en volver á encontrarse. El 31 de Marzo entró la Armada en el puerto de San Julián, y Magallanes demostró su propósito de invernar allí, pero su gente, que después de tan larga navegación había perdido por completo la fe de hallar el supuesto paso, temerosa además de que les faltasen los víveres, acordó requerir á Magallanes que cumpliera las instrucciones dadas por el Emperador de oir el consejo ó parecer de sus capitanes y pilotos. Magallanes replicó que jamás retrocedería sin encontrar el estrecho, y que había de navegar hasta ver el fin de aquella tierra.

Al día siguiente convocó á todos los jefes y oficiales para comer en su barco, y sólo acudió Alvaro de la Mezquita. Entre tanto, Luis de Mendoza, con Gaspar de Quesada, habían sublevado los buques *Concepción* y *Victoria*, poniendo en libertad á Juan de Cartagena, y aquella misma noche estos dos últimos abordaron con 30 hombres al bajel *San Antonio*, donde por sorpresa entraron con las espadas desnudas hasta la cámara del capitán Alvaro de la Mezquita y lo prendieron. Acudió entonces el maestre Juan de Loriaga, exclamando: «¡Requiéroos de parte de Dios é del rey D. Carlos que volváis á vuestra nao porque no es este tiempo de andar con hombres armados por las naos, y también vos requiero que soltéis nuestro capitán!»

Furioso Quesada, replicó: «Aun por este loco se ha de dejar de hacer nuestro hecho»; y desenvainando su daga se la hundió cuatro veces en un brazo, y de cuyas heridas murió más tarde. Así se impuso y dominó en el bajel, ayudado del maestre Juan Sebastián de Elcano, que hizo subir toda la artillería y la cargó y cebó rindiendo á los tripulantes. Al amanecer quedaban en abierta rebelión contra su general, las naves *San Antonio*,

Concepción y *Victoria*, mandadas, respectivamente, por Quesada, Cartagena y Mendoza.

Seguros ya de su fuerza, notificaron á Magallanes que eran dueños de los tres buques y de los bateles de los cinco, y que le requerían el cumplimiento de lo mandado por S. M., que si á ello se avenía tornarían á la obediencia, dándole en adelante, no el tratamiento de merced, sino el de señoría, y besándole pies y manos.

Magallanes les contestó que para atender sus reclamaciones y resolver lo justo, fueran á su buque donde los esperaba, pero no aceptaron, como era natural, este convenio. Ignoro lo que en nuestra época determinaría un almirante colocado en tan crítica situación para restablecer su autoridad, ni si hallaría disculpa al proceder como entonces lo hizo Magallanes. En aquellos tiempos, y entre aquellos hombres, se acudía á extremos buenos ó malos, pero siempre vigorosos y sorprendentes.

VII.

El insigne marino á quien negaban obediencia las dos terceras partes de su Armada, no se amedrentó un instante, y optó por emplear un remedio temerario. Detuvo, pues, á bordo de su buque, el batel ó lancha de la nao *San Antonio* que había ido á llevarle proposiciones y en un esquife envió á la *Victoria* al alguacil Gómez de Espinosa con seis hombres armados secretamente y una carta para Luis de Mendoza. Llegó á bordo el alguacil, tomó Mendoza la carta de sus manos y púsose á leerla con burlona sonrisa, en cuyo instante el alguacil le dió una terrible puñalada en el cuello y otro de sus hombres una cuchillada en la cabeza. Cayó muerto Mendoza, y entretanto Magallanes enviaba 15 hombres más, que, entrando en la *Victoria*, izaron su bandera sin que nadie resistiese.

El suceso atemorizó á los otros dos jefes y trataron de salir á la mar al siguiente día, pero antes que la *San Antonio* levara, y siendo de noche, garró la nao y fué á dar sobre la de Maga-

llanes; éste aprovechó el momento é hizo sobre ella fuego nutrido, á la vez que su gente la tomaba al abordaje.

Presos Quesada, Cartagena y otros, dominada la insurrección, mandó Magallanes descuartizar el cuerpo de Mendoza. Tres días después hizo degollar á Gaspar de Quesada y descuartizarlo del mismo modo, con pregón de traidor; sentenció al destierro en aquella desierta comarca á Juan de Cartagena y al clérigo Sánchez de la Reina, también conjurado, y, por último, perdonó á más de 40 hombres, reos de muerte, para no extremar el castigo, y sin duda, también, por lo necesarios que les eran en el servicio de las naves.

Estos sucesos habían acaecido en el puerto que Magallanes llamó de San Julián. El marino insigne, apenas hubo realizado tan tremenda justicia, dedicó su afán é inteligencia al principal objeto de la campaña. Así dió orden á la carabela *Santiago*, mandada por Serrano, que navegase á longo de costa unas cincuenta leguas. Partió el pequeñísimo buque y se perdió cerca del río Santa Cruz; sus tripulantes, salvados milagrosamente, volvieron por tierra al puerto de San Julián, casi muertos de frío y de hambre.

Aun se detuvo la Armada dos meses en aquel puerto, en cuyo período la visitaron varios indígenas de estatura gigantesca, á quienes llamaron patagones.

Antes de salir al mar, nombró Magallanes capitán de la *San Antonio*, á Mezquita; de la *Concepción*, á Juan Serrano, y de la *Victoria*, á Duarte Barbosa. Asimismo desembarcó cruelmente en aquella tierra desolada á Juan de Cartagena y al clérigo, dejándoles, por junto, una talega de bizcochos y botellas de vino.

El 24 de Agosto de 1520 continuó la Armada su marcha á longo de costa, combatida por furiosos vientos y montañosos mares que la pusieron en gran peligro. En el río Santa Cruz que había descubierto Serrano, reiteró Magallanes su propósito de seguir costeando aquellas tierras, aunque fuera preciso entrarse en la región de las nieves, y *que antes de retroceder habíansele de desarbolar por dos veces sus naves.* El 18 de Octubre zarpó del río; el 21 montó un cabo que llamó de las Vírgenes; hallando tras aquél una bahía ancha y profunda, ordenó á las na-

ves *San Antonio* y *Concepción* que la reconociesen hasta el fondo, por si fuera la entrada del estrecho codiciado; aquella noche una espantosa borrasca puso en inminente peligro de naufragio á todos los buques.

La *San Antonio* y *Concepción* navegaron en descubierta durante tres días, internándose por entre altísimas riberas y golfos sin hallar su término, y regresaron á la boca. El General, para persuadirse más aún de que era aquel el estrecho que buscaba, envió de nuevo á la *San Antonio*, que regresó con iguales noticias, después de haber avanzado más de 50 leguas. Ya no dudó Magallanes de que se hallaba á la entrada del nuevo paso para las Molucas y su corazón debió palpitar de inmenso orgullo. Antes de internarse en el estrecho convocó á sus capitanes y oficiales para que le diesen nota de las provisiones que aun poseían á bordo. Según aquélla, resultó que las existeucias de víveres podrían durar tres meses á lo sumo; pero cuando se consumieran, ¿en qué puerto habían de reponerlos? ¿Cuál sería la distancia y el tiempo que los separara desde aquella región próxima al polo Sur hasta las Indias Occidentales que se proponían descubrir? ¿Qué peligros é imprevistos obstáculos no podrían hallar cuando atravesaran en constante investigación las inmensidades vírgenes que aun tenían por la proa? Así, pues, maravilla que todos aquellos capitanes dijesen á su General *que era bien pasar adelante y acabar la demanda que se llevaba.* Sólo el piloto portugués, Esteban Gómez, se opuso diciendo: «Pues que hemos hallado el estrecho para pasar á las Molucas, volvámonos á Castilla para traer otra Armada, porque hay gran golfo que pasar, y si nos tomasen algunos días de calmas ó tormentas pereceríamos todos.» Entonces Magallanes le replicó severamente: «Aunque tuviese que comer los cueros de las vacas con que van forradas las entenas, he de pasar adelante y descubriré lo que he prometido al Emperador.»

Pero como no dejara de hacer alguna mella entre la gente el augurio de Esteban Gómez por el prestigio que gozaba, Magallanes mandó pregonar que nadie, bajo pena de la vida, hablase del viaje ni de los víveres, y á la mañana siguiente embocó el estrecho tenebroso que ciñó á sus sienes la corona de la inmortalidad.

VIII.

Si la narración de este importantísimo viaje pudiera concretarse más de lo que procuro para no fatigar á mis benévolos oyentes, así lo haría, y he ahí la razón por que con sentimiento no dedico sino pocas líneas á la descripción del magnífico estrecho que los españoles surcaron por primera vez. Además, como hoy todos conocen la extraña topografía de aquella comarca, con sus vueltas y revueltas, angosturas y anchas bahías, así como tienen noticia del aspecto maravilloso que ofrece ya con sus elevadísimas montañas cubiertas de verdor y coronadas de nieve; ya con sus tierras planas divididas por anchos brazos de mar, semejantes á otros tantos estrechos, me concretaré á decir que los bajeles efectuaron su navegación con mucho trabajo y en veinte días; que no vieron habitante alguno, y sólo de noche distinguieron multitud de hogueras en la costa del S., por lo que la nombraron «Tierra del Fuego». Calcularon que la extensión del estrecho medía 100 leguas de boca á boca. Una de las veces que se separaron los buques para navegar cada cual en un sentido por aquel desconocido dédalo, no pudieron encontrar á la nao *San Antonio* y la creyeron perdida, pero no era así: esta nao, que mandaba Alvaro de Mezquita, había tomado la vuelta de España, sublevada por el piloto Esteban Gómez, que hirió de una estocada y prendió á su capitán, bajo pretexto de haber aconsejado al Almirante las justicias que hizo. La *San Antonio* se dirigió á la costa de Guinea y desde aquí al puerto de las Muelas de Sevilla, donde fondeó el 6 de Mayo.

El 27 de Noviembre desembocó Magallanes con las tres naves *Trinidad*, *Victoria* y *Concepción* en el nuevo y desconocido Océano, haciendo en seguida derrota al NO. para alejarse de aquella región fría y destemplada. Durante el mes de Diciembre navegó siempre en demanda de más bajas latitudes, con frecuencia combatida por temporales, y cuando nó, por

mares muy gruesas. Escasearon los víveres, que se repartían medidos por onzas, bebían agua corrompida y guisaban el arroz con agua salada. En esta horrible situación continuaron navegando, siempre adelante, por aquel Océano sin fin y sin descubrir tierra alguna hasta el 24 de Enero que hallaron una pequeña isla desierta, en que sondaron sin encontrar fondo. Diéronle por nombre San Pablo. Los españoles siguieron su rumbo variable del NO. al O. por aquella inmensidad, cada vez más hambrientos y desfallecidos, hasta el 4 de Febrero en que descubrieron otra isla despoblada que llamaron de los Tiburones, pero donde tampoco recogieron refresco alguno.

El 13 de Febrero cortaron la equinoccial por los 147° de longitud O. Hasta mediados de Marzo descubrieron sucesivamente las islas que llamaron de los Ladrones (en la actualidad las Marianas) y varias del archipiélago de San Lázaro ó sean las Filipinas. Obligada por el mal tiempo fondeó la Armada en la isleta de Mazaguá, cuyo Rey dió noticia á Magallanes de que en otra isla distante 20 leguas llamada Cebú hallaría los víveres y recursos que él no podía facilitarles, salvo el agua de que se proveyeron. Acompañado por dicho Rey, al que el marino había ganado con presentes, siguieron en demanda de la isla de Cebú, donde fondearon. Apenas lo hubieron hecho, notaron que la playa se cubría de una multitud de hombres armados con lanzas y paveses, en actitud de asombro y hostilidad. Entonces el Rey de Mazaguá saltó á tierra é informó al de Cebú de que los recién llegados eran gentes de paz que traían muchas mercancías para vender y que necesitaban víveres con urgencia. El Rey de Cebú admitió la amistad de Magallanes, y á la mañana siguiente visitó la nao *Capitana*. Para solemnizar el contrato hicieron salvas de artillería todos los buques, lo que produjo un pánico supersticioso en los indios, que en seguida aportaron gran cantidad de gallinas, puercos, cabras, arroz, cocos y diversas frutas á cambio de cascabeles y cuentas de vidrio que ellos estimaban mucho.

Consideremos con qué avidez devorarían aquellas provisiones los castellanos, después de una navegación no interrumpida que había durado ciento cuarenta días, sin víveres más que para noventa. Mientras convalecía la gente de la Armada, Magallanes

hizo fabricar en la playa una casa de piedra, donde se dijo misa con asistencia del Rey é indios principales, los que impresionados sin duda por la divina ceremonia, quedaron en excelente disposición para hacerse cristianos, y no tardaron en bautizarse el Rey, su familia y más de 1.000 indios. Tampoco resistió el rey de Cebú á reconocerse vasallo de la corona de Castilla, desde cuyo punto Magallanes quiso favorecerle, logrando que á su vez otros cuatro reyezuelos comarcanos se declararan feudatarios de su amigo. Dos de aquéllos obedecieron, pero los otros dos, singularmente el de la isla de Mactan, contestaron que acatarían al Rey de España y le enviarían joyas de oro, pero no al de Cebú, porque eran tan buenos como él.

Entonces Magallanes notificó al Rey de aquella isla que le quemaría su pueblo, y el Rey le respondió que fuese, que le aguardaba. En su consecuencia, aprontó Magallanes tres bateles y 60 hombres armados de arcabuces, y sin oir los consejos del Rey de Cebú, que intentaba disuadirlo, pues que en Mactan (le aseguraba) encontraría más de 6.000 guerreros. También el capitán Serrano le dijo: «Paréceme que no os conviene esta jornada porque demás de que de ella no se sigue provecho, las naves quedan con tan mal recado, que poca gente las tomaría»; pero Magallanes, con su característica terquedad, insistió en partir; el Rey de Cebú se empeñó en acompañarle con 1.000 hombres embarcados en canoas, é hízolo, mas sometiéndose á la condición expresa que le impuso el General de que no tomaría parte en la batalla, porque los castellanos bastarían para vencer.

Llegados á la isla de Mactan, Magallanes quiso embestir en seguida, pero el Rey indio le aconsejó no lo hiciera hasta con día claro. Rogóle también que le dejara acometer primero con sus tropas, y que ya empeñada la lucha decidieran los españoles una segura victoria.

Magallanes no quiso acceder á este punto y desembarcó con 55 hombres: desde la playa veíase una muchedumbre de indios guerreros, dispuestos á combatir, y el general dijo á su gente: «No os espante, hermanos míos, la multitud de estos enemigos, que Dios será en nuestra ayuda, y acordáos que pocos días ha, vimos y oímos que el capitán Hernán Cortés, venció por

veces en las partes del Yucatán con 200 españoles á 200 y 300.000 indios.» En seguida avanzó hasta el pueblo y lo quemó; luego rompió el fuego contra un batallón que le atacaba por el frente, y á poco tuvo que revolverse para disparar contra otro que le surgió por retaguardia. Hacían un terrible estrago en ellos, pero sin lograr ventaja ni triunfo transcurrieron muchas horas de lucha feroz, en que los castellanos agotaban las municiones y los indios atacaban impetuosamente con sus flechas, piedras y lanzas. Después de un día entero de combate no quedaba un grano de pólvora ni una saeta, y al notar esto los indios se echaron encima; relucieron las espadas y trabóse la pelea, cuerpo á cuerpo, de un español para cada 10 bárbaros. Entonces el general ordenó la retirada; los bateles se hallaban á medio tiro de arcabuz, pero para dar los pasos atrás era necesario dar á la vez tajos al frente y haciáse lento y penosísimo ganar terreno. Con una más enérgica embestida los indios arrancaron á Magallanes su celada, le hirieron en una pierna y después lo atravesaron de un lanzazo.

Muerto el general, decayó el espíritu de todos, é iban á perecer, cuando el Rey de Cebú lo comprendió así y embistió con su gente á la contraria, mientras los españoles, en buen orden, se embarcaban en sus naos, dejando en tierra el cuerpo de Magallanes y de otros siete compañeros.

De este modo miserable acabó su vida el insigne descubridor. Para juzgarle como hombre y como genio, oigamos á Fernández Navarrete:

«Estuvo adornado de grandes virtudes y mostró su valor y constancia en todas las adversidades: su honra y pundonor contra las seducciones cortesanas; su lealtad y exactitud en el cumplimiento de sus tratados y obligaciones; su prudencia y moderación para oir siempre el dictamen ajeno; su arrojo é intrepidez (que acaso rayó en temeridad) en las batallas y combates; su severidad con los malvados; su indulgencia con los seducidos é inocentes; su resignación en las privaciones, igualándose en ellas con el último marinero; su instrucción en la náutica y en la geografía al concebir un plan, discretamente combinado para el descubrimiento del Estrecho y completamente desempeñado, venciendo para ello los obstáculos

que presentaba la naturaleza, las contradicciones é intrigas de los poderosos y de las pasiones turbulentas de los hombres: si se halló el estrecho ó el paso de la comunicación de los dos mares; si se dió la primera vuelta al mundo, con asombro de sus coetáneos; si por este medio se surcaron mares y mares, se descubrieron islas y tierras desconocidas hasta entonces facilitándose el comercio y trato, la civilización y cultura de sus habitantes; si las ciencias hallaron nuevos objetos para extender la esfera de los conocimientos humanos, todo se debió á Magallanes.»

IX.

En sustitución de este gran hombre fué elegido general su primo Duarte Barbosa; pero la humillación de los castellanos había matado su prestigio á los ojos del Rey de Cebú: instado éste por los otros cuatro reyes indios á que los exterminara y les tomara los buques, porque de no hacerlo así lo sacrificarían á él, accedió y dispuso una infame celada. Bajo pretexto de hacer entrega de las joyas que había ofrecido para el Rey de Castilla, invitólos á un gran banquete en tierra. Duarte Barbosa admitió, el capitán Serrano se opuso, pero tachado de medroso fué de los primeros en acudir. Los españoles desembarcaron, el Rey los recibió con poca gente y los condujo á unos palmares, donde se pusieron á comer; cuando, de improviso, una muchedumbre de guerreros que estaban escondidos los cercaron y, sin darles tiempo á defenderse, asesinaron á todos, excepto al capitán Serrano, porque era bienquisto de los indios, según dice Herrera.

Los oficiales y marineros que habían quedado en los buques fondeados muy cerca de la playa, vieron con terror llegar hasta ella indios que llevaban arrastrando á españoles muertos y que los echaban al mar. A poco vieron también que un grupo de aquellos salvajes traían al capitán Serrano, maniatado y desnudo, el cual les gritó que también lo matarían como á los

demás, si ellos no le rescataban mediante la entrega de dos cañones. Doloroso me es consignar que los castellanos desoyeron las súplicas del desgraciado compañero y, temerosos de algún otro engaño, acordaron levar anclas y alejarse de allí, mientras que presenciaban desde á bordo cómo el triste capitán era arrastrado hacia la villa con grandes gritos de rabia para inmolarle.

Este punto negro, este innegable baldón debe afligir por igual á todos los que en la Armada quedaban con derecho á lanzar una voz de mando.

En aquella celada perecieron los capitanes de las naos *Trinidad*, *Concepción* y *Victoria* y unos 30 hombres más.

Desde Cebú se dirigió la Armada á la inmediata isla de Bohol, y allí, como no hubiera gente para poder manejar los tres bajeles, quemaron la *Concepción*, que se hallaba en peor estado. Fué elegido general el portugués Juan Carballo y capitán de la *Victoria*, Gómez Espinosa. Desde Bohol fueron á fondear en la costa NE. de Mindanao, donde hicieron paces con los indígenas, y después continuaron tocando en otras varias tierras, y llegaron á Borneo en el mes de Junio con la esperanza de obtener noticias de las islas Molucas. En Borneo lograron acogida afectuosa en un principio, y el Rey agasajó mucho á los españoles que bajaron á tierra, saliéndoles á recibir más de 2.000 hombres armados con largos alfanjes, corazas de concha de tortuga y vestidos de paños de seda. Los españoles fueron servidos espléndidamente y regalados con gran cantidad de especiería; allí, como esperaban, obtuvieron noticias exactas de las Molucas. Pero cuando menos podían recelar una traición, la sospecharon al ver que venían hacia las naves más de cien piraguas y canoas; al punto levaron anclas y las batieron y dispersaron, apresando en una de ellas al hijo del Rey de Luzón, que era capitán general del de Borneo (según dice Pigafeta). Juan de Carballo lo puso en libertad á cambio de oro, pero lloró mucho su avaricia cuando supo que un hijo suyo con dos españoles que estaban en tierra, habían sido presos por los indígenas, y aunque reclamó del Rey que le devolviese el hijo, no pudo conseguirlo y se vió obligado á abandonarlo entre los salvajes de Borneo. Para mayor desdicha de Carballo, lo desti-

tuyeron de la jefatura, tornándole á su condición de piloto, y se eligió general á Gómez de Espinosa. Entonces fué nombrado también capitán de la *Victoria*, Juan Sebastián de Elcano.

X.

A principios de Agosto zarpó la Armada de Borneo en demanda de las Molucas y abordaron muchas islas, con cuyos habitantes trabaron amistad ó lucha afortunada, hasta que el día 8 de Noviembre embocaron entre las de Mare y Tidore, que eran dos del archipiélago deseado. En esta última echaron el ancla y saludaron la ciudad. Su Rey, Almanzor, dijo á los españoles que hacía dos años sabía por sus astrólogos que habían de ir allí cristianos en busca de especiería, y que así tomasen cuanta quisiesen. Desde el primer momento fué un amigo leal y constante. Tanto este Rey como los comarcanos se sometieron gustosos al dominio del emperador Carlos V. Allí cargaron las naves á su satisfacción, pero al tiempo de dar la vela para España se descubrió en la Trinidad una vía de agua por la quilla que la impedía partir hasta que fuese carenada, operación que duraría tres meses. Acordóse, pues, que la nao *Victoria* partiese sola al mando de Juan Sebastián de Elcano, y que llevase las cartas de los Reyes de las Molucas.

El 21 de Diciembre zarpó esta carabela de Tidore con sesenta hombres de tripulación, inclusos 13 indios. «Con tal nave, cascada, vieja, carcomidos sus fondos de la broma (escribía el insigne D. Javier de Salas), mal acosturados sus aparejos, peor remendadas sus velas, debilitados y enfermos sus tripulantes, emprendió Elcano su viaje por el cabo de Buena Esperanza. ¡No es maravilla que muchos prefiriesen arrostrar en las Molucas todo género de riesgos, á correr hacia una muerte tan obscura como cierta en aquellas tablas, que más que medio de transporte parecía ataúd de la tripulación! ¡Cómo describir los sufrimientos, peligros, sobre todo, las emociones de aquellos hombres durante un viaje de eternos meses, de días sin fin, de

angustiosas horas, para quienes inflamaba el corazón y la mente la vuelta á la patria, el anhelo del hogar, el suspirado abrazo del hijo, de la esposa, de la amada, de los padres! Si continuadas calmas agotaban sus provisiones; si los temporales desmentían uno siquiera de aquellos mal ligados leños; si los embates de embravecidas olas ó los contrastes de huracanadas ráfagas, ó la fuerza de rápidas corrientes daban con la nao en el abismo; en el abismo quedaban fama, nombre, patria, hogar, y en soñada aspiración el momento de abrazar á los seres queridos.

¡Y cuán poco faltó para la realidad de tales presentimientos! Arroz y agua era su alimento durante tres meses corridos desde el Cabo de Buena Esperanza, y en ración tan exigua, que ni á los más débiles bastó para vivir, ni á los más robustos para continuar achicando la media anegada nave. Extenuados, incapaces de toda faena, faltos de fuerzas para arrojar al mar las víctimas de la fatiga y el hambre; consumido ya el último grano de arroz, infestado el buque por los pútridos miasmas de carnes corrompidas y por los deletéreos de los cadáveres que un sentimiento piadoso les movía á exponer antes de lanzarlos sobre la borda, decidiéronse á surgir en el puerto de Santiago de las islas de Cabo Verde, dominadas por la Corona de Portugal.»

Con efecto; en 1.º de Julio fondeó Elcano en dicha bahía y envió su batel en busca de víveres; pero como al pagar su importe lo efectuaran en especias, comercio rigurosamente prohibido á los extranjeros por el Rey de Portugal, el Gobernador de la isla puso presos á los doce tripulantes del batel que habían ido de compras. Cuando notó Elcano que no regresaban sus hombres, acercóse más al puerto, averiguó lo ocurrido y reclamó que se le restituyese el batel y sus marineros; mas los portugueses en respuesta quisieron apresar la *Victoria*. Vióse, pues, obligado Elcano á hacerse á la mar á toda fuerza de vela con sólo 22 hombres, de los que aun perecieron cuatro en el resto de la navegación.

El 15 de Agosto pasó por entre las islas Azores, el 4 de Septiembre avistó el Cabo de San Vicente y el 6 llegó á Sanlúcar de Barrameda. Su viaje había durado tres años menos catorce días: la vencedora nave había cortado cuatro veces la equinoccial y recorrido 14.000 leguas.

«Fama, gloria, patria, hogar, soñado abrazo, todas las aspiraciones del alma, todos los ensueños de la mente, todas las esperanzas del corazón realizaban aquellos hombres en el día no contado en sus fechas. Resucitaban á la vida y entraban en el templo de la inmortalidad en una para ellos misteriosa» (1).

Esta magnífica epopeya, cien veces cantada, conmoverá siempre nuestro ser. También mi voz humilde resonó años hace en una solemne recordación de Elcano; entonces dije y ahora repito, compendiando su viaje maravilloso:

..... bajo tu planta
Cruje la nave entre rugientes olas:
Tu rostro moja la nevada espuma:
El enlutado cielo se abrillanta:
Silba la tempestad, redobla el trueno:
El rayo troncha la cruzada entena:
Del rifado velamen los jirones
Cual monstruo volador la jarcia azota:
Brota de fuego cárdena melena:
Del labio rudo la plegaria brota,
Y al huracán venciendo tu osadía,
El áspero camino sigues, Elcano,
Luchador gigante, eterno peregrino,
Sobre las olas de la mar bravía
Por los ignotos mundos adelante.
. . . .
Tu firme corazón y experta mano
Conducen la invencible carabela
Que los confines ata,
Del uno y otro férvido Oceano,
Con el nevado esmalte de su estela,
Con larga cinta de zafiro y plata.
. . . .
Y al cabo triunfador, ceñido el mundo,
Llegas del Betis á la fresca orilla,
Tocas la patria, y con amor profundo,
Rindes al pie de la gentil matrona,
El pendón que llevaste de Castilla
Y la arrancada al mar virgen corona!

(1) De D. Francisco Javier de Salas, en el discurso sobre Colón y Juan Sebastián Elcano.



